

## **La Madre España y sus lecciones. El impacto de la guerra civil española en el campo intelectual ecuatoriano**

The mother country, Spain, and its teachings. The impact of the Spanish civil war on the Ecuadorian intellectual field

**Niall Binns**

Universidad Complutense de Madrid, España  
e-mail: nbinns@filol.ucm.es

### **Resumen**

Al igual que en otros países hispanoamericanos, la guerra civil de España (1936-1939) suscitó intensas pasiones en la vida política e intelectual de Ecuador.<sup>1</sup> Cinco años de vida republicana habían convertido a la antigua madre patria en un espejo donde podían verse reflejados muchos de los temores y aspiraciones de las repúblicas americanas. En ese espejo, trizado por la guerra, miraban y se miraban, espantados y esperanzados, políticos, intelectuales y amplios sectores de la sociedad ecuatoriana, movilizados como nunca en un contexto político, nacional e internacional, de extrema agitación. La repercusión de la guerra civil en la sociedad y la intelectualidad ecuatorianas permite comprender el alcance de esta movilización y la intensidad de los renovados vínculos con España.

**Palabras clave:** intelectualidad, guerra civil española, política, república.

### **Abstract**

Like other Latin-American countries, the Spanish civil war (1936-1939) gave rise to intense passions in the political and intellectual life

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia de España (HUM2007-64910/FILO). Esta financiación me ha permitido acudir a bibliotecas, hemerotecas y otras instituciones de Ecuador, a las que quisiera expresar mis agradecimientos: la Biblioteca Cultural del Banco Central del Ecuador y el Centro Cultural Benjamín Carrión, ambos de Quito; la Biblioteca-Archivo “Aurelio Espinosa Pólit”, de Cotacallao; la Biblioteca Carlos A. Rolando, que forma parte de la Biblioteca Municipal de Guayaquil.

in Ecuador. Five years of republican life had converted our old mother country into a mirror where many of the fears and ambitions of the American republics were reflected. In this mirror which was broken by the war, frightened and hopeful politicians, intellectuals and large groups of the Ecuadorian society watched and watched themselves and the others as they were mobilized as never before in a national and international political context of extreme unrest. The impact of the war on the Ecuadorian civil society and on the intellectuals allows us to understand the implications of this mobilization and the intensity of the renewed links with Spain.

**Key Words:** intellectuality, Spanish civil war, politics, republic.

\*\*\*

### **El redescubrimiento de España**

La caída del rey Alfonso XIII en abril de 1931 tuvo, para la América Hispana, un valor primordialmente simbólico. Libre de nostalgias imperiales, la República aportó un baño de modernidad a España y un nuevo comienzo para las relaciones transatlánticas, la posibilidad de reestablecerlas en términos de igualdad y fraternidad, y sin el paternalismo, las fobias y las tensiones de antaño. Gracias a las múltiples reformas ensayadas por la república, España rápidamente se convirtió, en una década de dificultades socioeconómicas y una aguda crisis del capitalismo, en un modelo democrático para la izquierda y para muchos liberales hispanoamericanos. Era un campo de pruebas para una serie de preocupaciones compartidas: el anhelo democrático, la lucha contra la amenaza fascista, la limitación de los poderes de la Iglesia y el Ejército, las posibilidades y los riesgos de las reformas agrarias y educativas, y la esperanza de una distribución más equitativa de la riqueza del país. Al mismo tiempo, previsiblemente, la república española fue observada con recelo y como un modelo pernicioso por los sectores conservadores y católicos de Hispanoamérica y Ecuador, que se identificarían abiertamente —a partir de julio de 1936— con los planteamientos tradicionalistas y autoritarios de Franco.

El fervor suscitado por la guerra civil se debe, en gran medida, a la fascinación y turbación producida por las noticias y las imágenes de la que fue, como se suele decir, la primera guerra mediática de la historia. Las imágenes siguen siendo memorables: iglesias incendiadas, camiones de milicianos encaminados hacia el frente, cadáveres de monjas desenterrados y expuestos en plena calle, milicianas en mono azul blandiendo fusiles, cuerpos de niños mutilados puestos en fila y numerados, madres llorando sobre las ruinas de una casa, Madrid devastado, Guernica devastada y obispos españoles levantando los brazos en el saludo fascista. Estas imágenes estremecieron y espeluznaron a públicos cautivos en todo el mundo y de manera particularmente vibrante al público ecuatoriano.

La división de la intelectualidad ecuatoriana en dos bandos se puede ver en la prensa de la época, y en los intelectuales que escribieron en ella como cronistas: a favor de la República, *El Día* y *El Telégrafo*; más favorables a Franco, *El Universo*, *El Debate* e inicialmente, aunque de modo más tibio, *El Comercio*. Para ambos bandos, la fuerte identificación emocional hizo de España no sólo un modelo sino una madre, y la expresión “Madre Patria”, antes patrimonio de los sectores más conservadores, se resemantizó como término y empezó a ser empleado con entusiasmo también por la izquierda. Como una viva muestra de este redescubrimiento de la Madre Patria, la poesía ecuatoriana examinaba, con extrañado entusiasmo, la superación de un distanciamiento secular, y celebraba la nueva unión entre España y Ecuador que se estaba forjando en la lucha común contra el fascismo. Así, Nelson Estupiñán Bass saludó a España —a la España republicana de los puños cerrados— “con el machete en alto”, consciente de que la guerra civil era indisociable de su propia lucha y de la de sus hermanos “negros” víctimas de la persecución y el racismo en todo el mundo:

Desde esta tierra ardiente  
a la que los ríos se esfuerzan por bajarle la rabia,  
España leal,  
en el primer cumpleaños de tu desangre  
te saludo con el machete en alto,  
el saludo del negro ecuatoriano que siente que en su carne se  
escribe tu tragedia.

(B. Carrión 30).

Asimismo, el indigenista cuencano Humberto Mata –cuyos múltiples, extensos y apasionados poemas sobre la guerra civil no llegaron a reunirse en el anunciado libro *Brigada U. H. P.*– reconoció, en “Juzga, España miliciana”, que “os odiaba fuertemente, con sangre de indio y puma, / a Vos, Señora España de corona y de cetros”. Ahora, sin embargo, España se había convertido para él en “compañera, miliciana mujer del triunfo y del clarín”, y la sincronía emocional –a pesar de la lejanía– era estrechísima: “El chorro de tu sangre desemboca en mi aorta / y soy tuyo: / indio tuyo, blanco tuyo, / miliciano prisionero en la línea ecuatorial del mundo” (*Repertorio Americano* XXXIII.11, marzo 1937: 174-175).

### **La guerra en carne propia**

Fueron pocos los ecuatorianos que vivieron en carne propia la guerra, pero de sus experiencias surgieron textos apasionantes para lectores que tuvieron que informarse casi exclusivamente a través de las grandes agencias internacionales. La voz de un compatriota que había estado allí, que había visto y oído la guerra, que la había sentido y presentido, tenía un prestigio extraordinario. Hay cuatro testigos ecuatorianos de la guerra que son, me parece, de mucho interés: el sacerdote jesuita Carlos Vela Monsalve, el legionario José Hernández Subiria, el brigadista internacional y aún aspirante a político Carlos Guevara Moreno y el narrador y poeta Demetrio Aguilera Malta.

El sacerdote jesuita y doctor en derecho Carlos Vela Monsalve, que vivía en Chile a mediados de los años treinta, llegó a España cuatro días antes del comienzo de la guerra. Vivió un mes en la “zona roja”, entre Tolosa y San Sebastián, y luego pasó seis meses en la “España nacional”, «visitando los frentes y las ciudades de retaguardia, haciendo vida de campaña, sorteando en suma todos los accidentes de más de diez mil kilómetros recorridos» (Vela Monsalve 3). Envío crónicas sobre la guerra a *El Diario Ilustrado* de Santiago y a mediados de 1937 publicó *España después del 18 de julio*, un libro que combinaba el testimonio personal de la guerra con entrevistas y con un extenso análisis político, religioso e histórico de España y América.

En la zona republicana, Vela Monsalve vio cómo «la fiera humana, libre de todo freno, sin la acción coactiva y tutelar del Estado, ha dado rienda suelta a sus instintos», y cómo «los rojos de San Sebastián, lobeznos

aulladores el primer día, a poco menos de un mes se han vuelto tan feroces que pueden aleccionar a los desalmados tártaros» (27). El contraste con las ciudades de la zona franquista le parecía radical. En Burgos, resonaban los himnos nacionalistas, las «arengas del altoparlante» y los «atronadores gritos de ¡Viva España!», y la guerra se palpaba en la presencia de requetés, falangistas, y civiles con insignias y brazaletes, pero en todo lo demás había una “absoluta normalidad”: «Corren los niños en los jardines; los transeúntes invaden las vías, lentos, perezosos y sin prisa; en las terrazas de los cafés se departe sosegadamente; los curiosos se detienen sin ninguna inquietud en los escaparates de las tiendas» (123-124). *España después del 18 de julio* se publicó en Chile pero llegó pronto a Ecuador, donde fue comentado favorablemente en *El Comercio* y fue reproducido en parte en *El Debate* (“España”, 19 agosto 1937: 3).

En julio de 1937, el diario guayaquileño *El Universo* anunció la llegada a Guayaquil de José Hernández Subiria, un “ecuatoriano nativo de Ibarra, quien irisa en los 27 años y acaba de volver de España, después de haber tomado las armas en favor de los rebeldes españoles que obedecen al General Francisco Franco”. Hernández Subiria, que vivía en España desde los dos años, ofreció en portada un testimonio escalofriante del terror “rojo”: “Yo mejor que nadie puedo relatarles a ustedes lo que es el terror comunista. He sido una de sus víctimas; me han destrozado mi alma”:

Cómo no voy a darme cuenta de lo que es el comunismo cuando un oficial comunista, tomó de los piesitos [*sic*] a mi hijita de 17 meses y, delante de su madre, la levantó por los aires lanzándola contra un muro y destrozándole el cráneo? ¿Qué culpa tenía esa infeliz criatura de que su padre sustentara los principios nacionalistas? Mi mujer y mi hijito fueron fusilados de la manera más inhumana. Una hermana mía, monja de la caridad, fue violada cobardemente, luego golpeada, cortados sus senos y por fin asesinada, habiendo sido paseado su cuerpo desnudo por las calles al igual que los de otras compañeras suyas... (2 julio 1).

La presencia del legionario en la ciudad y el debate sobre la fiabilidad de estos atroces e improbables testimonios desató una polémica en la prensa guayaquileña y en la comunidad española, que estalló el día 8 de julio, cuando

Hernández Subiria acudió al Teatro Edén para pronunciar una conferencia sobre “España ensangrentada”. En cuanto saliera al escenario, el cónsul de la República Jaime Castells se puso de pie en un palco y denunció que el conferenciante no era un militar, sino un “cura”. A estas palabras de Castells “siguieron rechiflas y una ensordecedora gritería que impidió continuar la conferencia”. A continuación, una lluvia de papas, cebollas y taguas empezó a caer sobre Hernández y su público de profranquistas. Este boicot, coordinado por el cónsul, surtió efecto. Después del revuelo provocado por el incidente en los días inmediatamente posteriores (Castells fue llamado a la Comisaría para declarar), el supuesto legionario desapareció de las noticias.<sup>2</sup>

El único testimonio directo que he encontrado de los ecuatorianos que lucharon con la República es el de Carlos Guevara Moreno. Guevara Moreno realizaba prácticas de radiólogo en el hospital Saint Antoine de París cuando se enteró del estallido de la guerra civil. Viajó con su esposa alemana al frente de Madrid, donde fue nombrado teniente de la sección de laboratorios analíticos. Hay versiones distintas sobre lo que hizo en España, pero a comienzos de 1938 estaba ya de regreso en Ecuador. El 6 de febrero de 1938 tuvo lugar en la Plaza Arenas de Quito un gran “Homenaje a España Leal”, organizado por un comité de intelectuales que incluía a Benjamín Carrión, Jorge Icaza y Alejandro Carrión, y en el que intervenían Gonzalo Escudero, Manuel Agustín Aguirre, Pablo Palacio, y el plato fuerte: un testimonio sobre la guerra de Carlos Guevara Moreno, en el que contaba sus vivencias

---

<sup>2</sup> Las dos figuras centrales del franquismo en Guayaquil arrojaron a Hernández Subiria, lo cual hace pensar que su performance podría ser simplemente una invención propagandística orquestada por ellos. Dos días después de la fallida conferencia, el hombre de Franco en la ciudad –Alfonso Ruiz, marqués de Grijalba– se rió, en una improvisada “epigramilla”, de la censura practicada en el Teatro Edén por Castells y otros de los que se autoproclamaban defensores de la libertad: “Ecuatoriano y Teniente / del Ejército español, / que luchó, como un valiente, / por España, cara al Sol, / no pudo anteanoche dar / su anunciada conferencia. / Porque no le dejó hablar / un grupito en la asistencia / que empezó a vociferar. / El público, sorprendido, / se expresaba de este modo: / ‘Nos lo esperábamos todo / menos lo que ha sucedido. / Que sea quien representa / la Libertad de la Imprenta, / la Igualdad y la República, / precisamente el que atenta / contra la Tribuna Pública, / puntal de la Democracia, / tiene muchísima gracia (...)’” (El Universo, 10 julio 1937: 3). Por otra parte, en su última intervención en la prensa antes de desaparecer, Hernández Subiria dirigió una carta pública a Castells, en la que reconocía que antes de la conferencia del Teatro Edén buscó la protección de Jaime Nebot, director de la Unión Nacionalista Española del Ecuador y futuro editor de la revista Nueva España (El Universo, 13 julio 1937: 5).

en el frente madrileño y su participación en la batalla de Guadalajara como teniente en la brigada XIV, “La Marsellesa”, de las Brigadas Internacionales.

Durante su discurso, mostró al público enardecido la cicatriz de una herida recibida en la lucha. Era la garantía de la veracidad de su palabra, que otorgaba a él, y más que nadie a él, el derecho de hablar, de opinar y de aleccionar a los oyentes sobre España, y sobre la necesidad de unirse contra el fascismo:

Llevo en mi carne la mordedura de la metralla fascista. He pagado la deuda de la estirpe, tengo pues derecho a gritar ante el mundo que se asesina a España. En el barro, en el hambre y en el frío he comulgado con católicos, con protestantes, con marxistas, con liberales. Todos sentíamos aullar en nuestra materia la protesta animal contra la demencia humana. ¿Son hombres los que pueden pulverizar hospitales?... ¿Son hombres los que esparcen por los aires los miembros destrozados de los niños madrileños?... (*Por la España Leal* 44).<sup>3</sup>

El más importante de los testigos ecuatorianos fue, indudablemente, Demetrio Aguilera Malta, que llegó a Madrid en julio de 1936 con una beca, concedida por el Ministro de Educación Carlos Zambrano, aparentemente para estudiar con Miguel de Unamuno en Salamanca. El momento no podría haber sido menos propicio, pero Aguilera se encontró con la atmósfera vertiginosamente revolucionaria de los primeros días de la guerra y decidió

---

<sup>3</sup> La carrera política de Guevara Moreno terminaría enemistando a muchos de los intelectuales que lo acompañaban en la defensa de la España republicana, y esa enemistad sin duda influyó en las acusaciones de falsedad y mitomanía que se le hicieron respecto a su participación en la guerra civil. El ensayista guayaquileño Leopoldo Benites Vinueza cuestionó abiertamente el mito: “Todos creían, menos yo, en el héroe antifascista. [...] He ido a Quito con Carlos Guevara; como no teníamos fortuna, nos hospedamos en un hotel de segunda clase, tenía una sola habitación, y no le he visto ninguna herida y por eso alguna vez lo llamé ‘Héroe sin herida’” (Calderón Chico 1991: 195-196). Asimismo, cuando en 1950 Jorge Enrique Adoum habló del papel en la guerra civil de escritores como Pablo Neruda, César Vallejo, Nicolás Guillén y Langston Hughes, agregó con sorna: “No me refiero a ciertos ‘doctores’ en aventura, a aquellos desertores del regimiento de Líster, que se han orgullecido de que ‘la metralla fascista ha mordido su carne, con extrañas mordeduras invisibles, y que sólo han servido para que traten de establecer su minúsculo fascismo del ‘momento’” (Adoum 27).

quedarse. Se sabe poco de la estancia de Aguilera-Malta en España. Al parecer, vivió siete meses en Madrid, un mes en Valencia y unos meses más en Barcelona.

Sus tres obras sobre la guerra evitan la forma del testimonio directo, pero es fascinante la forma en que Aguilera entretiene en ellas ficción y realidad. El mismo subtítulo de su novela *¡Madrid! Reportaje novelado de una retaguardia heroica*, es elocuente al respecto: es una ficción que aspira al valor testimonial de un reportaje, y relata con estremecido horror la devastación y las muertes provocadas en Madrid por los aviones alemanes e italianos.

En la obra de teatro *España leal*, la protagonista Paca Solana es la recreación ficticia de una miliciana real que murió en Guadarrama durante las primeras semanas de la guerra. Apareció en la portada de *El Telégrafo* en septiembre de 1936, con una nota que hablaba de la “bella miliciana” que “tomó en sus manos el fusil cargado de proyectiles y con paso firme, de heroína y mártir, emprendió marcha hacia el campo del sagrado deber”. Una vez más, realidad y ficción se fundían en la obra de teatro, que se iniciaba con la decisión de Paca Solana de hacerse miliciana –pese a las protestas de sus padres– y terminaba con su muerte en el frente.

Curiosamente, cuando en *La revolución española a través de dos estampas de Antonio Eden* Aguilera aborda el ensayo –un género habitualmente propicio para lo testimonial–, también decide ficcionalizarlo, enfocando el tema de la guerra desde la perspectiva del Ministro de Exteriores británico Anthony Eden, para así explotar satíricamente la evolución ideológica del político respecto a la guerra española. El Eden ficcional de Aguilera, como buen aristócrata inglés, simpatiza desde el inicio con el bando franquista pero termina apoyando a la República, y el ensayo concluye con un improbable grito de “¡No pasarán!”. Todo es fantasía en el libro de Aguilera pero se basa en un cambio real en el británico, que poco a poco se dio cuenta de que la política británica de la “No Intervención”, cuyo fin último era el de apaciguar a Hitler, no servía para nada.

## Como si fuese en carne propia

No hacía falta, sin embargo, ser testigo directo de la guerra española para sentirla con dolor, con pasión y con una virulenta indignación. Muchos intelectuales tuvieron la sensación de ser testigos, a larga distancia, de la tragedia española y de estar viéndola y viviéndola casi como una experiencia propia: «Aquí estamos, con la oreja apegada a la tierra, / oyendo cómo tiembles», escribe Alejandro Carrión en los primeros versos de su poema «Aquí, España nuestra!» (1). Vivir pendiente de España –*con la oreja apegada a la tierra*– era, inevitablemente, vivir sufriendo. La guerra poblaba la imaginación de pesadillas. Así lo decía Manuel Agustín Aguirre, en “España de los trabajadores”: la sangre de España «empapa los insomnios de estas noches de plomo» (B. Carrión 40); pero la expresión más dramática de la solidaridad emocional con España es «Vosotras que lloráis a vuestros muertos», un poema de Aurora Estrada y Ayala dedicado a las madres de los niños muertos en los bombardeos aéreos. La guerra civil constituía, para la lejana lectora y espectadora en tierras ecuatorianas, el despertar a un nuevo mundo dominado por la violencia y a un dolor destinado a convertirse en compromiso político:

    Pero hoy, nada es igual al sabor amargo de nuestras bocas pálidas  
    ni al temblor de nuestra angustia sin palabras!  
    Habíamos olvidado el llanto....  
    Hoi vuelve a cavarnos surcos en la cara,  
    más amargo y ardiente,  
    más corrosivo aún,  
    porque el martirio de vuestros hijos  
    nos hiere en la raíz de la Vida  
    i golpea en nuestra sangre de trabajadoras!

(B. Carrión 25).

Ahora bien, más allá del dolor y la compasión, del fervor militante y la violencia verbal de los escritores ecuatorianos, latía una inevitable sensación de impotencia. ¿Para qué servían, hasta qué punto eran capaces de cambiar las cosas todos esos homenajes, todas las palabras de adhesión, tanta grandilocuencia solidaria? Si España era un espejo en que se reflejaban los

posibles destinos de Ecuador, la República se estaba desangrando y escribir poemas o manifestarse a favor de la “España Leal” por las calles de Quito, Guayaquil o Cuenca no parecía servir para nada. Lo decía Jorge Reyes: “la tarea efectiva no se ha cumplido aún. Nadie ha querido hacer lo que debía”. La impotencia no tardaba, así, en convertirse en mala conciencia para muchos intelectuales. A fin de cuentas, como señalaba Reyes con sorna, «permanecemos orondamente acomodados en nuestras habitaciones, mientras los bandidos fascistas asesinan mujeres y niños de España. No tenemos el sentido ni la conciencia de nuestra responsabilidad» (*El Día*, 18 julio 7-8).<sup>4</sup>

### Fuentes de consulta:

- Adoum, Jorge Enrique. “La República Democrática Española”. VV. AA., *La Federación de Estudiantes y su lucha contra Franco*, Quito: Imp. de la Universidad, 1950: 20-31.
- Calderón Chico, Carlos. *Tres maestros. Ángel F. Rojas, Adalberto Ortiz y Leopoldo Benites Vinueza se cuentan a sí mismos*. Guayaquil: Casa de la Cultura, 1991.
- Carrión, Alejandro. *¡Aquí, España nuestra! Tres poemas en esperanza y amargura*. Quito: Cuadernos del Mar Pacífico, 1938.
- Carrión, Benjamín (ed.). *Nuestra España. Homenaje de los poetas y artistas ecuatorianos*. Quito: Editorial Atahuallpa, 1938.
- Marinello, Juan. Ponencia en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. *Hora de España*, Valencia, 8 (agosto 1937): 64-69.
- Vela Monsalve, Carlos. *España después del 18 de julio. Las dos bandas en lucha y las tendencias de la Nueva España vistos por un testigo presencial*. Santiago de Chile: La Gratitud Nacional, 1937.

---

<sup>4</sup> Es curioso señalar que desde el otro bando, hubo intelectuales católicos –como un editorialista anónimo de Dios y Patria– que mostraban la misma impotencia y la misma mala conciencia: “¡Oh! si estuviéramos cerca, y si Dios nos hubiera favorecido con bienes de fortuna, nosotros también, gustosísimos, hubiéramos corrido a enrolarnos en esas sublimes falanges, que luchan por la fe y la civilización, y llenos de gloria hubiéramos clamado, al caer con las armas en la mano como nuestros héroes españoles: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!” (17 enero 1937: 1).